

Dios envió a su Hijo para que el mundo se salve por él

Hoy celebramos el Domingo llamado de *laetare*, de la **alegría**, porque cantamos en la antifona de entrada: *Festead a Jerusalén, gozad con ella, todos los que la amáis; alegraos de su alegría, los que por ella llevasteis luto; mamaréis a sus pechos y os saciaréis de sus consuelos* (cf. Is 66, 10).

¿Cuál es la causa de tanta **alegría**? La Palabra nos ha dado la respuesta: en el Evangelio hemos escuchado que *tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna*. Y también nos la dicho san Pablo: *Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo —por pura gracia estáis salvados—, nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con él*.

Esta es la causa de nuestra alegría: la fidelidad de Dios, la certeza de que no hay nada ni nadie que nos pueda separar del amor de Dios. La certeza de que la muerte ha sido vencida.

Dios, en su amor infinito, **nos ofrece la salvación gratuitamente: por gracia estáis salvados, me-**

diante la fe. Y esto no viene de vosotros: es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir.

Dios nos invita a salir de la esclavitud del pecado y reconstruir nuestra historia desde su misericordia. **Dios regala sin límites su amor**. No ha enviado a su Hijo para condenar, sino para salvar. Nos pide, sin embargo, que creamos y amemos la luz para que nuestras obras estén hechas según su voluntad.

La Palabra de Dios nos presenta a Cristo crucificado como la luz y la salvación del mundo, la luz que ilumina de verdad nuestra vida, la luz que puede hacernos encontrar el sentido auténtico de la vida.

Pero **esta salvación tiene que ser aceptada**. Cuando vino la luz los hombres prefirieron las tinieblas a la luz. Renacer supone, en consecuencia, toda una actitud de *conversión*. **Renacer supone abrirse al amor de Dios, dejarse amar por Él**. Es dejarse transformar por el Espíritu Santo, el único que de verdad puede cambiar tu corazón.

La Palabra de Dios que pro-

clamamos hoy **te invita a salir de las tinieblas y a buscar la luz que es Cristo**. Te invita a que examines tu propia vida a la luz de la enseñanza de Jesucristo y de la Iglesia, y que veas si se ajusta a la luz que es Cristo, o si todavía quedan zonas oscuras, llenas de tinieblas, que es preciso iluminar.

Es importante que descubras que **la luz de Cristo debe iluminar**

toda tu vida: todos los aspectos y todos los ámbitos de tu vida deben ser iluminados por la luz de Cristo. **Ningún rincón de tu vida puede escapar a esta luz**. Si eres cristiano lo has de ser en todo lo que pienses, digas y hagas, *pues somos obra suya. Nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras*.

Para ayudarte a rezar

Revisa tu vida. Mira si la luz de Cristo ilumina todos sus rincones. Haz oración abriendo tu corazón al Señor y pidiéndole que lo transforme.

La Palabra del Señor, luz para cada día

1ª lectura: 2 Crónicas 36, 14–16. 19–23. **La ira y la misericordia del Señor se manifestaron en el exilio y la liberación del pueblo.**

La historia del pueblo elegido es una lección de pedagogía divina: *Dios escribe recto con renglones “torcidos”*. Los autores sagrados atribuyen la ruina de Israel a las infidelidades del pueblo. A la misericordia de Dios que suscitaba continuamente mensajeros, para moverlos a la conversión, el pueblo rebelde ha respondido con el desprecio de los mensajes del Señor. Nabucodonosor será el instrumento de la cólera de Dios: el destierro, la persecución. Pero **Dios es misericordioso y se compadece de su pueblo**. Ciro, rey pagano, es el elegido, el ungido del Señor. Por su medio Dios manifiesta de nuevo su misericordia al resto de Israel.

Puedes leer *Hebreos 1, 1-4*.

Salmo 136, 1–6. **Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti.**

El corazón de **este salmo es un vigoroso canto de fidelidad**. Recordar a Sión en tierra extranjera y negarse a cantar himnos a Dios ante paganos es una necesidad de la fidelidad de Israel al Señor. Olvidar a Jerusalén significa perder el sentido de Dios. **¡Ojalá nos sentemos también nosotros durante esta Cuaresma a llorar con nostalgia de Sión**, añorando los bienes del Reino y suspirando por la renovación de nuestro corazón!

2ª lectura: Efesios 2, 4–10. **Muertos por los pecados, por pura gracia estáis salvados.**

Dios nos ha demostrado su inmensa bondad y misericordia. Siendo nosotros hijos de la ira por nuestros pecados, Dios, *rico en misericordia*, llevado de un amor inmenso, que nosotros no merecíamos, nos ha otorgado una nueva vida, *resucitándonos y sentándonos con Cristo en el cielo*. **El cristiano vive en la tierra, pero es ya ciudadano del cielo**.

Evangelio: Juan 3, 14–21. *Dios envió a su Hijo para que el mundo se salve por él.*

La iniciativa de la salvación procede de Dios, se realiza por medio del Hijo, que ha venido de su parte y que vuelve a él a través de la cruz–exaltación. El hombre se apropia de ella o la rechaza mediante la fe o la incredulidad en Jesucristo, el enviado. La “elevación” de Jesús es la que constituye el reino de la vida. En la elevación a la cruz va incluida la exaltación a la gloria. **El juicio, de salvación o condenación se realiza en la actitud de aceptación o rechazo frente a Jesús.** Dios envió a su Hijo al mundo para que el hombre pueda salvarse. Dios hizo la oferta de la vida. Oferta que sigue abierta. Debe ser aceptada en la fe. Lo contrario equivale a la autoexclusión de la vida. Ese es el juicio.

Puedes leer *Números* 21, 4-9.

Lunes 11	<p>Is 65, 17-21 Voy a crear una tierra nueva. Sal 29, 2-6.11-13 Te ensalzaré, Señor, porque me has librado. Jn 4, 43-54 El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Pídele a Dios lo que más necesites.</p>
Martes 12	<p>Ez 47, 1-9.12 Por donde pase este torrente, todo ser viviente que en él se mueva vivirá. Sal 45, 2-9 El Señor de los ejércitos está con nosotros. Jn 5, 1-16 Mira que te has curado. Reza por los enfermos. Visítalos.</p>
Miércoles 13	<p>Is 49, 8-15. En tiempo de gracia te he respondido. “Venid a la luz”. Sal 144, 8-9.13-18. Cerca está el Señor de los que lo invocan. Jn 5, 17-30. Quien escucha la palabra del Hijo y cree en el Padre ha pasado ya de la muerte a la vida. Reza por los moribundos y los difuntos</p>
Jueves 14	<p>Ex 32, 7-14 Arrepiéntete de la amenaza contra tu pueblo. Sal 105 Acuérdate de mí, Señor, por amor a de los atribulados. Jn 5, 31-47 Hay uno que os acusa: Moisés, en quién tenéis vuestra esperanza. Reza por los que no conocen a Cristo</p>
Viernes 15	<p>Sab 2, 1a.12-22 Lo condenaremos a muerte ignominiosa. Sal 33 El Señor está cerca de los atribulados. Jn 7, 1-2. 10. 25-30 Intentaban agarrarlo, pero todavía no había llegado su hora. Da testimonio de Jesucristo.</p>
Sábado 16	<p>Jr 11, 18-20 Tú, Señor, juzgas rectamente. Sal 7, 2-3.9-12 Señor, Dios mío, a ti me acojo. Jn 7, 40-53 Nadie ha hablado jamás como este hombre. Reza por los que rechazan a la Iglesia.</p>
Domingo 17 5° de CUA- RESMA	<p>Jr 31, 31-34 Haré una alianza nueva y no recordaré el pecado. Sal 50, 3-4.12-15.18-19 Oh Dios, crea en mí un corazón puro. Heb 5, 7-9 Cristo aprendió, sufriendo, a obedecer. Jn 12, 20-33 Si el grano de trigo cae en tierra y muere da fruto.</p>

Testigos del Señor: Beato Plácido Riccardi

Nació el 24 de junio de 1844 en Trevi, Italia. Su padre fabricaba aceite de oliva y tenía un comercio de especias; gozaba de una gran fortuna, que le permitió poner a su hijo en el colegio para nobles de Trevi, donde estudió humanidades. Era un buen alumno; le gustaba el teatro y la música; se confesaba regularmente, pero en su piedad no había nada excesivo. En 1865, fue a Roma para estudiar filosofía en el Angélico, en los dominicos. Aunque él declaró que no tenía vocación religiosa, ciertamente por este lado era por donde buscaba orientar su vida. Conoció y admiró a los dominicos y a los jesuitas, pero, poco atraído por el apostolado activo y menos aún por la agitación de la ciudad, se presentó a la abadía de San Pablo Extramuros, que, situada en pleno campo, le ofrecía la soledad, el recogimiento, y la vida de oración que deseaba.

Ingresó en la abadía en 1866 y tomó el hábito benedictino y el nombre de Plácido, en 1867, haciendo su profesión en 1868.

Volvió a estudiar la filosofía y después, con mayor placer, la teología, a la que se entregó con amor. Nunca cesó de repasar sus conocimientos religiosos, calmadamente, a la manera de los monjes antiguos. Pronto le disgustaron los manuales, que no había abierto más que por deseo de prepararse terminan por obstaculizar la conducta que los confesores deben seguir con los peni-

tentes. Más que del espíritu de bondad del Salvador, parecen estar llenos de los principios sutiles de los antiguos rabinos. A los modernos expositores, prefería los autores antiguos; leía asiduamente a San Gregorio, San Bernardo, San Agustín, y los Padres de la Iglesia.

Tras ser condenado a un año de prisión por no haber cumplido su servicio militar, hizo la profesión solemne en marzo de 1871 y ordenado sacerdote, el 25 de marzo. Fue empleado, al principio, en la escuela de la abadía. Su abad lo nombró ayudante del maestro de novicios, confesor de las monjas de Santa Cecilia en Roma, y después lo envió como vicario abacial a las monjas de San Magno D'Amelia.

La salud de Don Plácido decaía cada día más, y su abad le envió para que lo ayudara a un monje alemán, que se consideró también como el superior. El 17 de noviembre de 1912, cuando subía una escalera, un ataque de parálisis, acompañada de convulsiones, lo tiró por tierra y lo hizo rodar por los escalones de mármol. Su estado pareció tan grave, que se le administró inmediatamente la extremaunción; sin embargo, soportó la prueba y se le pudo conducir de nuevo a la abadía de San Pablo Extramuros, el 23 de diciembre siguiente.

Don Plácido, murió dulcemente el 15 de marzo de 1915. Fue beatificado el 5 de diciembre de 1954 por el Papa Pío XII.